

Oeste, para confiarlas á otros tantos comisarios, dió la dirección del Este á Buech, la del Mediodía á Scheffer y la del Oeste á Rouen.

En medio del silencio absoluto impuesto por la censura á los periódicos, las discusiones de la Cámara de los diputados pueden indicar el estado moral de Francia en aquella época de la Restauración. Los discursos más violentos de los diputados de la izquierda no eran más que el eco muy atenuado de la irritación que provocaba en todo el reino la influencia, cada vez más acentuada, del partido ultrarrealista en la marcha del gobierno.

Las persecuciones, las ruinas y los suplicios de 1815 y 1816 habían dejado profundas huellas en las memorias; y aunque seis años de gobierno constitucional habían modificado la situación y la política del partido realista, cuyos medios de acción no podían ser ahora los mismos que antes, el solo hecho de reaparecer en los bancos del palacio legislativo la mayoría quebrantada por la real orden de 5 de septiembre, causaba tales alarmas en la clase media y la necesidad de una lucha á todo trance se dejaba sentir de tal modo en ella, que á primeros de julio, menos de seis meses después de la fundación del *carbonarismo*, eran conta-

dísimas en Francia las poblaciones en que la Asociación no contara al menos algunos afiliados.

Muchos de los carbonarios, en su odio al despotismo y en su sincero amor á la libertad, que habían guiado siempre su conducta política en todas las épocas de su carrera, veían el principal crimen del gobierno en sus tendencias retrógradas y en sus proyectos de contrarrevolución. Pero eran más todavía los que odiaban á los Borbones sobre todo por el hecho de haber vuelto á consecuencia de los desastres nacionales é impuestos por el extranjero. Los primeros no tenían más objeto que restablecer á la nación en la plenitud de su soberanía y entregar el ejercicio de sus derechos á una nueva Asamblea constituyente; los segundos, indiferentes en materia de principios, no separaban los destinos de Francia de su pasado imperial ni de la persona del jefe del Imperio. Pero mientras éstos ponían sus deseos y sus esperanzas en la gran víctima que, desde hacía seis años, expiaba sus faltas políticas en Santa Elena, un buque salido de esta isla el día 7 de mayo, venía á anunciar á Europa que, bajado prematuramente al sepulcro, Napoleón no pertenecía ya al mundo sino por la imperecedera memoria de sus triunfos, de sus reveses y de su cautiverio.

## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Efecto producido en Europa por la noticia de la muerte de Napoleón; influencia de este acontecimiento en la situación de los partidos políticos de Francia.—Elecciones de 1821. Inauguración de la legislatura. Mensaje de la Cámara de diputados en contestación al discurso de la corona. Irritación de Luis XVIII. Caída del ministerio.—Advenimiento de un ministerio *congregacionista*. Anuncio de los complots preparados en Saumur y en Befort.

Los intereses y las situaciones habían experimentado en Francia un cambio demasiado profundo desde 1815, para que la muerte de Napoleón pudiese modificar en nada la posición de los partidos. La noticia tuvo gran resonancia en todas las clases de la sociedad; pero la emoción no pudo traspasar el recinto del hogar doméstico. La censura impuso silencio á los periódicos. Algunos servicios fúnebres celebrados sin boato; los retratos, los grabados y las vistas de Santa Elena, expuestos en los escaparates de las librerías, fueron los únicos testimonios públicos de recuerdo y simpatía que la policía toleró en favor de la memoria del grande hombre. La Cámara de los diputados, portavoz del país, hubiera permanecido completamente muda, si en la sesión del 6 de julio, en medio de un discurso pronunciado con motivo de la censura, el señor Duplessis de Grenedan no hubiese dejado escapar la palabra *usurpador*. «¡Ha muerto!, exclamó con energía un diputado de la izquierda.—Hay personas que podrían gritar: ¡el emperador ha muerto, viva el emperador!» replicó Duplessis. Hay que decir, en honor de todos los partidos, que la impertinencia del diputado bretón fué acogida por la Cámara entera con vivas muestras de desaprobación. Cediendo á un impulso unánime, la Asamblea abandonó inmediatamente la sala y obligó al orador á aplazar para el día siguiente la continuación de su discurso.

Hubiera podido creerse que la muerte de Napoleón redundaría al menos en provecho de los Borbones, desalentando los esfuerzos de sus adversarios. Pero, en 1821, la querrela no se debatía ya entre imperialistas y realistas, entre bonapartistas y borbónicos; eran la Revolución y la contrarrevolución las que entonces se encontraban en lucha. Como en la época de los *Cien días*, el nombre del emperador ejercía sobre todo una influencia omnipotente en las poblaciones rurales, en los antiguos soldados que le habían llevado en triunfo desde el golfo Juan hasta París, y que, personificando en él el genio de las batallas, la gloria y la grandeza de la patria, hacían de su imagen el culto secreto del hogar; adoradores entusiastas y convencidos, que no querían dar crédito á la infausta nueva. «No, no, decían, semejante hombre no puede morir así; ¡el día menos pensado, cuando menos se acuerden sus enemigos, reaparecerá!» Aquellas masas rurales constituían el verdadero partido de Napoleón. Y como el *carbonarismo* no sólo buscaba adeptos entre la clase de la sociedad que más hostil se había mostrado con el antiguo jefe del gobierno imperial, sino que contaba entre sus miembros más conspicuos los mismos diputados que más influyeron en los acuerdos de la Cámara de representantes después de la batalla de Waterloo, para los car-

bonarios de esta categoría la muerte de Napoleón no podía cambiar el carácter ni debilitar la energía de la resistencia al gobierno de los Borbones. El acontecimiento era más bien favorable que perjudicial á su política, puesto que simplificaba la situación. La libertad perdía un terrible adversario, la lucha un estorbo, y la Francia liberal no tenía ya enfrente más que los príncipes y el partido impuestos á la patria por las victorias del extranjero. Los miembros de la Sociedad que no separaban el imperio del emperador en sus esfuerzos contra el gobierno real, experimentaban en su causa una pérdida inmensa, aunque esta causa no quedaba sin bandera. Muerto Napoleón, Francia volvía á encontrarse como el día después de la segunda abdicación: su soberano era Napoleón II. Pero estas disidencias no se manifestaban abiertamente; unidos por un fin común, que era el derrocamiento de los Borbones, los conjurados, en virtud de una especie de acuerdo tácito, remitían la cuestión del gobierno futuro á la decisión de una nueva Asamblea constituyente elegida dentro de las condiciones prescritas por la Constitución de 1791.

Los puntos del territorio en que los carbonarios y los caballeros de la libertad, unidos bajo una dirección común, aunque conservando su organización distinta, se esforzaban en establecer centros de insurrección, eran: en el Mediodía, *Marsella*; en el Este, *Befort*; en el Oeste, *Saumur*. Como en 1820, la guarnición de cada una de estas ciudades formaba la base de cada complot.

La organización de los caballeros de la libertad había precedido á la de los carbonarios; los elementos de conjuración preparados y reunidos por el comité central de Saumur fueron los primeros que se encontraron preparados para una sublevación; el movimiento destinado á extenderse en el Oeste por toda la cuenca inferior del Loira podía estallar en el mes de noviembre; pero, en aquel momento, los carbonarios completaban en el Este la organización de una insurrección no menos extensa, que tenía su centro y eje en Befort, y que, ramificándose por Mulhouse, Neuf-Brisach, Colmar, Estrasburgo y Metz, tendía á sublevar á toda la Alsacia, los Vosgos y la Lorena entera. La idea de dividir la atención y las fuerzas del gobierno con una explosión simultánea en dos extremos opuestos del reino, decidió al comité directivo á retrasar la señal del levantamiento del Oeste hasta el momento en que los conjurados del Este estuviesen en condiciones de poder operar su movimiento. Fijáronse los últimos días de diciembre para aquella doble explosión.

Mientras los adversarios de los Borbones se entregaban á aquel trabajo insurreccional, y, confiados en la

santidad de su causa y en su abnegación, estaban seguros de substituir en breve con poderes nuevos los poderes existentes, el gobierno continuaba su marcha regular, ordenaba la renovación de la quinta parte de la Cámara, cuyos poderes habían expirado, y se preparaba á abrir la nueva legislatura.

Las elecciones, verificadas el día 1.º de octubre en los colegios de distrito, y el 10 del mismo mes en los colegios departamentales, no fueron favorables al gobierno: el propio ministro del Interior, Simeón, fué derrotado en los comicios. Cierta es que, por complacer al partido que los dominaba, los ministros dieron la presidencia de la mayor parte de los colegios electorales á realistas resueltos, cuyo dominio había de aumentar necesariamente las fuerzas de la derecha parlamentaria. De ochenta y ocho diputados elegidos, sesenta habían de ir á sentarse en los escaños de la derecha; el resto se dividía aproximadamente en partes iguales entre el centro y la derecha, que sufrieron grandes pérdidas.

A pesar de este resultado, los ministros abrieron la Cámara el 5 de noviembre, día indicado por la real orden de convocatoria de los comicios. Los achaques cada vez más graves de Luis XVIII obligaron á las Cámaras á reunirse en el Louvre, como el año anterior, en la sala de guardias de Enrique IV, á la que el rey podía llegar por la gran galería de cuadros sin abandonar su sillón de ruedas en que era trasladado de un punto á otro por varios individuos de su servidumbre. El discurso que pronunció fué más insignificante de lo que suelen serlo esta clase de arengas. Parecía que los ministros habían puesto el mayor cuidado en no poner en boca del rey ni una sola palabra que pudiese proporcionar á los diferentes partidos el menor motivo de discusión. Tal precaución fué inútil. El pasaje más vago del discurso de la Corona fué, precisamente, el que puso en manos de la Asamblea el arma que había de derribar al gabinete. Aquel pasaje, relativo á la política exterior de Francia, decía:

«Nuestras relaciones con las potencias extranjeras no han cesado de ser amistosas, y tengo la firme confianza de que continuarán siéndolo.»

Se había esperado con impaciencia esta sesión; ningún hombre político ignoraba la falsa situación ni las inquietudes del gabinete. No se hablaba más que de su rompimiento con los realistas y de la retirada de los tres ministros sin cartera, quienes, en vez de sentarse en el banco ministerial, se habían confundido con los diputados de la derecha. Este solo hecho denunciaba la desunión, y el Mensaje de la Cámara en contestación al discurso de la Corona iba á dar á aquella separación una consagración todavía más manifiesta.

La comisión del Mensaje confió la redacción de este documento al Sr. Delalot, realista acérrimo, quien decía en su minuta, contestando á dicho pasaje del discurso puesto por el gabinete en boca de Luis XVIII: «Nos felicitamos, Señor, de vuestras relaciones constantemente amistosas con las potencias extranjeras, en la justa confianza de que una paz tan preciosa no se compra con sacrificios incompatibles con el honor de la nación y la dignidad de la Corona.»

Haciendo flotar sobre la política del gabinete una duda insultante que, en caso de ser recogida por la Cámara, ponía á los ministros en la alternativa de disolver

la Asamblea ó retirarse, todo el proyecto de Mensaje se reducía á aquella frase. Sobre ella recayó, pues, el debate en el seno de la comisión. Su redacción íntegra fué mantenida por seis votos contra cuatro, y el resto del proyecto adoptado por igual mayoría. Discutióse en la Cámara el día 26 de noviembre, en sesión secreta. Apenas hubo terminado su lectura el Sr. Ravez, presidente de la Asamblea, el Sr. Pasquier pidió la palabra y reclamó la supresión del párrafo antes citado. «El rey, dijo, no puede comprometer la dignidad de la corona; toda insinuación en este sentido es irrespetuosa, y la Cámara no querrá dar semejante ejemplo.» Delalot contestó, en nombre de la comisión, que si se admitiese la teoría del ministro, las contestaciones de la Cámara á los discursos de la corona habrían de limitarse á una simple ampliación destinada á ocultar toda verdad al rey; que la Asamblea sentía otra misión; que hablando en nombre del país, tenía el deber de emplear con el monarca un lenguaje que le diese á conocer sobre los actos de su gobierno, no la opinión de los mismos ministros, sino la opinión de Francia. El Sr. de la Bourdonnaie y el general Foy, después de haber apoyado en breves palabras la opinión de Delalot sobre la cuestión de forma, entraron uno y otro en el fondo del debate. «¿Qué es de la intervención de Francia, desde que una alianza general estableció los principios del equilibrio europeo?, dijo La Bourdonnaie. ¿Qué papel ha desempeñado Francia cuando á varios príncipes de la casa de Borbón se les han sublevado los pueblos, y cuando se ha tratado de poner fin á esas rebeliones? ¿Qué voz ha dejado oír Francia en favor de los príncipes que no le están menos unidos por la política que por los vínculos de la sangre, cuando países vecinos han sido invadidos y gimen hoy bajo la ocupación extranjera? No es ultrajar al rey el preguntar á sus ministros por qué su nombre no figura en actos y en estipulaciones que tan vivamente interesan á sus pueblos y á la independencia de su corona.—Apelo á todos los partidos, dijo á su vez el general Foy: nuestra diplomacia, en lo tocante á los asuntos de Nápoles, ¿ha sido digna del rey de Francia? El jefe de los Borbones ¿no tenía derecho á intervenir principal é inmediatamente en los acuerdos tomados por los soberanos respecto á un príncipe de su familia? ¿Puede Francia permanecer indiferente á la supremacía ejercida por los soberanos del Norte sobre lo que ocurre allende los Alpes? Recientemente hemos leído en los periódicos un tratado en virtud del cual ciertas tropas extranjeras ocuparán los Estados del rey de Cerdeña, de un príncipe que es nuestro vecino más próximo y cuyas provincias se mezclan, por decirlo así, con nuestros departamentos. Veo en ese tratado la firma de un señor Petitpierre, plenipotenciario del rey de Prusia, y el rey de Francia, el rey de treinta millones de hombres, no figura para nada en lo que acontece á nuestras puertas; ni siquiera se pronuncia su nombre en un tratado cuyas funestas consecuencias hubiéramos podido tener la gloria de prever.»

Todos los oradores que hicieron uso de la palabra después del Sr. de la Bourdonnaie y del general Foy estuvieron unánimes en reprochar al ministerio su actitud pasiva en Troppau y en Laybach, así como su papel de espectador inerte ante la caída de las dos revoluciones de Nápoles y del Piamonte. **Unos** acusaban á

los ministros de no haber intervenido abierta y enérgicamente en la represión de las insurrecciones que amenazaban la seguridad de los Estados y los derechos de los tronos; otros reprochaban al ministerio el haber abandonado la causa de los intereses generales de la libertad en Europa, y entregado á las potencias absolutas del Norte la independencia de los Estados italianos. Finalmente, la supresión del párrafo fué puesta á votación; una gran mayoría decidió mantenerlo, y la totali-

día de sus palabras y de sus actos anteriores; les pedían perdón por su pasado; inclinaban la cabeza, en todas las discusiones, á sus insultos y á sus injurias; toleraban todas sus violencias; aceptaban, sin atreverse á combatirlos, todos los cambios que se les antojaba introducir en sus proyectos de ley; acogían todas sus denuncias; perseguían y castigaban sin tregua á los escritores liberales, y diezaban, por complacerles, las filas del ejército y de la administración. Los diputados liberales no



Luis XVIII, cuadro de Debucourt

dad del Mensaje, votado por medio de escrutinio secreto, fué aprobado sin enmienda ni corrección alguna por 176 votos contra 98.

Este resultado consternó al ministerio; la tremenda mayoría que acababa de pronunciarse contra él se componía de diputados de la derecha y de la izquierda; coalición monstruosa que la moral política debe condenar, y que fué para los liberales una falta, á juicio de la mayor parte de los escritores contemporáneos. Sin embargo, opinamos que en la votación de la izquierda no hubo ninguna falta ni ataque alguno contra la moral política. Cualesquiera que fuesen los futuros ministros, difícilmente podían mostrarse más hostiles á la opinión liberal que los ministros actuales. ¿No eran Pasquier, Serre y sus colegas los que, por medio de la abrogación de la ley electoral de 1817, habían entregado la Asamblea á los hombres de la derecha, cuando la izquierda iba á obtener la mayoría merced á aquella ley? Cortesanos serviles de aquel partido ultrarrealista que habían combatido desde 1816 hasta 1820, ¿no acababan de sacrificarle la libertad de imprenta y la libertad individual? Hacía año y medio que, bajo las amenazas de los ultrarrealistas, aquellos ministros renegaban cada

cometieron; pues, ninguna falta votando contra un gabinete á quien trataban de detestable y de miserable desde la tribuna. Por su parte, el ministerio no contaba con ellos; sabía que eran sus enemigos. Los realistas fueron los únicos que le causaron una decepción. El gabinete no admitía que sin graves razones, después de tantos servicios prestados, y con motivo de una cuestión política determinada, los realistas osasen derribarlo. Pero á los políticos de la derecha parlamentaria se les había agotado la paciencia, y les irritaba, con razón sobrada, la extraña obstinación del Sr. de Richelieu y de sus colegas en querer conservar una posición que habían entregado hacía un año. No hubo coalición, en el sentido exacto de la palabra. Toda coalición supone un previo acuerdo, y no existió ninguno entre la derecha y la izquierda de la Cámara; hostiles ambas al ministerio, estaban resueltas, por motivos diferentes, á votar contra él, y las bolas de ambas partes se encontraron reunidas en la urna.

Pasquier y sus compañeros de gabinete no esperaban como premio á sus complacencias y á sus sacrificios una frase insultante y una caída. Resueltos á conservar sus carteras, procuraron poner de su parte á Luis XVIII,

diciendo que la duda injuriosa introducida en el Mensaje alcanzaba tanto á su real persona como á ellos mismos. No era difícil excitar en este monarca su principal virtud, la altivez; así es que Luis prometió á los ministros que vengaría la injuria de uno y otros. El Mensaje en contestación al discurso de la corona solía ser presentado al rey, el mismo día ó el día siguiente de su votación, por la mesa de la Cámara y comisión numerosa designada por la suerte. El ministro del Interior era el encargado de indicar la hora de la recepción. Esta indicación se hizo esperar tres días. Por fin, el 30, Simeón comunicó á la Asamblea que Luis XVIII recibiría el Mensaje á las ocho de la noche, pero que únicamente serían admitidos para su presentación el presidente y dos de los secretarios. Llegado ante el rey, que la recibió sentado en el trono, rodeado de los ministros y con airado rostro, Ravez quiso, según costumbre, leer el Mensaje; pero Luis XVIII no se lo permitió; lo cogió y, sin mirarlo, dijo al presidente de la Cámara:

«Conozco el Mensaje que me presentáis. En el destierro y la persecución sostuve mis derechos, el honor de mi linaje y el del nombre francés. En el trono, rodeado de mi pueblo, me indigno á la sola idea de que yo pueda sacrificar jamás el honor de la nación y la dignidad de mi corona. Quiero creer que la mayor parte de los que han votado este Mensaje no han pesado todas sus expresiones. Si hubieran tenido tiempo de apreciarlas, no hubieran consentido una suposición que, como rey, no debo caracterizar, y que, como padre, quisiera olvidar.»

Este lenguaje tenía una elevación que se encuentra en Luis XVIII, en las raras circunstancias de su vida en que tuvo que defender públicamente la dignidad de su título ó de su persona; la impresión que causó en la Cámara y en el público fué bastante fuerte para dar un instante á los ministros la esperanza de obligar á la derecha á concertarse con ellos. Mas, para obtener semejante resultado, era preciso que el rey, firme en su actitud irritada, consintiera en sostener resueltamente al gabinete contra sus adversarios; y aquellos arrebatos de altivez y de amor propio heridos duraban siempre muy poco en Luis XVIII. Dominado, desde hacía muchos años, por hábitos de calma y de reposo que la edad y los achaques hacían aún más imperiosos, dió á comprender á sus ministros que habían recibido de él toda la ayuda que podía prestarles, y que á ellos tocaba hacer lo demás. Pasquier y sus colegas no habían esperado esta insinuación para tratar de disgregar y disolver la nueva mayoría mediante promesas hechas á cada uno de los partidos que la componían. Propusieron á los realistas una participación seria en el ministerio, y preguntaron á los diputados de la izquierda qué garantías exigía la opinión liberal. Los realistas, seguros de la victoria, rechazaron toda proposición. Los liberales consentían en apoyar al ministerio, pero con estas dos condiciones: el cambio de la ley del doble voto y la disolución de la Cámara. El gabinete encontró estas condiciones inaceptables.

Los ministros, luchando contra la fuerza que los echaba del gabinete, esperaban poder continuar en él con la ayuda de una mayoría compuesta de los restos del antiguo *centro ministerial* y de los individuos menos apasionados de la *derecha*. A fin de obtener la benevolencia de éstos, presentaron, el 3 de diciembre, dos

proyectos de ley destinados á satisfacer uno de los odios más perseverantes de la inmensa mayoría del partido realista: su aversión á la prensa. El primer proyecto contenía disposiciones adicionales muy severas á las leyes vigentes sobre la persecución y represión de los delitos cometidos por medio de libros, folletos y periódicos; el segundo prorrogaba la censura hasta el final de la legislatura de 1826, es decir, cinco años más. Pero estos proyectos de ley, lejos de favorecer á la resistencia obstinada del gabinete, proporcionaron nuevas armas contra él. Las oposiciones acusaron á los ministros de querer ahogar la voz de toda opinión, de toda verdad y de toda conciencia; de tener necesidad de las tinieblas para realizar sus designios. En cada sesión fueron blanco de los ataques más furibundos y de las acusaciones más apasionadas. En vano Richelieu y sus colegas oponían á aquellas violencias el silencio y la humildad; raramente bajaba un orador de la tribuna sin haberles intimado que se retirasen. Además, cada votación resultaba para ellos una derrota.

Esta hostilidad colocaba á Richelieu en una situación análoga á la que atravesó en 1816 ante la Cámara; tenía que luchar contra las mismas pasiones y los mismos hombres. Pero ninguno de sus colegas actuales tenía cerca de Luis XVIII el crédito que tuvo Decazes. No pudiendo esperar que el rey consintiese en firmar el decreto de disolución de la Cámara, los ministros se resignaron á retirarse.

En vano algunos amigos de Richelieu le habían instado para que continuase la lucha. «Volví á encargarme del ministerio contra mi voluntad; á los que me obligaron á entrar les toca sostenerme,» contestó con amargura, aludiendo á los compromisos adquiridos entonces con él por el conde de Artois. Se recordará que cuando Richelieu, el día siguiente á la muerte del duque de Berry, resistía á las instancias de Luis XVIII para que volviese á tomar la dirección del ministerio, decidióronle á ello las súplicas del heredero del trono, quien, después de haberle asegurado, bajo su palabra de caballero, el entero concurso de los realistas y un apoyo personal sin reserva, le acompañó él mismo al gabinete del rey. Veintidós meses después, el 13 de diciembre, por la noche, el conde de Artois introducía en el gabinete de su hermano á los Sres. Corbière y Villèle. Esta presentación era el anuncio oficial de la caída del gabinete. Derribado por el partido que había levantado de su derrota abriéndole de nuevo las puertas de la Cámara, el ministerio, como se lo habían pronosticado Manuel y los demás oradores de la izquierda, perecía á consecuencia de la ley del doble voto, y caía bajo el desprecio ó el odio de todos los partidos, después de dos años de una administración sin fuerza, sin inteligencia y sin dignidad. Richelieu era el único ministro á quien acompañaban, en su retirada, el respeto y la estimación de todos los hombres á quienes no cegaban las pasiones del momento. Era el único político, como Serre era el único orador del gabinete caído, que contaba á Portal como administrador hábil. A este último ministro debe Francia la reorganización de su marina. Era tan modesto como apto, y sus colegas hacían poco caso de sus servicios; dispuestos siempre á sacrificarle, habían ofrecido diferentes veces su cartera para acallar ambiciones que deseaban halagar. Hemos dicho quién

era Pasquier. Son conocidas las tristes complacencias por medio de las cuales Latour-Maubourg procuraba hacer olvidar á los adversarios de la Revolución sus servicios de valiente soldado bajo la República y el Imperio. La reputación del ministro de Hacienda, señor Roy, estribaba únicamente en la habilidad con que había sabido reunir durante la Revolución una fortuna personal considerable. En cuanto á Simeón, ex consejero de Estado imperial, debía su principal mérito á la reputación del cuerpo á que le había llamado Napoleón; difícilmente se encontraría un ministro que soportase una situación tan desairada como la suya; el personal administrativo del reino y la dirección de la policía formaban sus principales atribuciones, y sus colegas se las habían quitado para entregarlas á Mounier; era tal su nulidad, que, siendo diputado por un departamento comprendido en la última quinta renovable, no pudo encontrar, á pesar de ser ministro del Interior, un solo colegio que le quisiera reelegir.

En fin, después de cinco años de lucha y de esperanza, los hombres del partido religioso, introducidos en las Tullerías por uno de sus jefes más activos, el presunto heredero de la corona, veían caer la débil valla que aún les separaba del poder y entraban triunfantes en el gabinete del anciano rey. El 15 de diciembre, una real orden refrendada por el general marqués de Lauristón, ministro de la Real Casa, anunciaba al público los siguientes nombramientos:

Matthieu de Montmorency, ministro de *Negocios extranjeros*; Corbière, *Interior*; Villèle, *Hacienda*; Peyronnet, *Justicia*; general Víctor, duque de Bellune, *Guerra*; Clermont-Tonnerre, *Marina*.

Todos estos ministros, menos el general Víctor, pertenecían á la *Congregación*. La Sociedad, para completar el asalto del poder, confió á otros miembros suyos los cuatro puestos más importantes después de los departamentos ministeriales. El señor Franchey Desperrey, simple jefe de negociado en correos, fué nombrado di-

rector de la policía general del reino; el Sr. Delavan, consejero del real tribunal de París, reemplazó al señor Inglés en la prefectura de Policía; el duque de Doudeauville, que había proporcionado á la Sociedad sus tres directores espirituales, fué nombrado director general de correos; y el teniente general conde de Courtard recibió la primera división militar.

«Por fin el Sr. de Villèle triunfa, escribía Luis XVIII á uno de sus antiguos favoritos anunciándole esta revolución ministerial; conozco poco á los hombres que entran en mi consejo con él; les creo dotados de bastante razón para no seguir ciegamente todas las pasiones de la derecha. Por lo demás, yo me anulo desde este momento.» Luis XVIII no se había pertenecido jamás; sumiso sucesivamente al ascendiente de algunos favoritos, soportaba entonces la doble dominación de una favorita entregada al partido religioso y de los individuos de su propia familia; hacía año y medio que sus dolencias y una debilidad creciente no le permitían luchar contra los que le dominaban. El conde de Artois había formado la lista de los individuos del nuevo gabinete, que venían á ser sus propios ministros. Desde aquel día, el hermano de Luis XVIII fué el verdadero rey.

Por una extraña coincidencia, al mismo tiempo que la *Sociedad secreta realista de la Congregación* se apoderaba de la dirección política de Francia, el comité encargado de dirigir las dos *Sociedades secretas liberales* organizadas contra los Borbones transmitía desde París á los conjurados de varios departamentos la señal de la insurrección. Apenas instalados, los nuevos ministros recibieron la doble noticia de que habían sido arrestados ocho sargentos de la escuela de caballería de Saumur, acusados de haber organizado un complot para sublevar dicha ciudad y apoderarse de su castillo, y de que las autoridades de Befort habían descubierto, en la noche del 1.º al 2 de enero, otra conspiración militar que pudieron reprimir en el momento de estallar el complot.